



## Comentario bibliográfico

**Mercedes F. Lopez Cantera, *Entre la reacción y la contrarrevolución. Orígenes del anticomunismo en Argentina (1917-1943)* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2023).**

***Paula Martínez Almudevar***

*Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales -  
Universidad Nacional Arturo Jauretche - CONICET*

*paulamalmudevar@gmail.com*

*Fecha de recepción: 21/10/2024  
Fecha de aprobación: 23/10/2024*

**S**uele decirse que todas las preguntas sobre el pasado nacen de preocupaciones sobre el presente. Pero, en este caso, el problema histórico abordado por Mercedes López Cantera en su libro *Entre la reacción y la contrarrevolución. Orígenes del anticomunismo en Argentina*, presenta una actualidad inusitada. Si bien eso impide a sus lectores y lectoras distanciarse —aunque sea por un momento— de los discursos públicos que circulan en estos tiempos, sí permite, tal como señala Daniel Lvovich en el prólogo, entenderlos a partir de la existencia de una “honda tradición de las derechas” (p. XVI) que ha incorporado elementos novedosos a discursos de antaño.

Mercedes López Cantera es Doctora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, además de ser docente en la materia Historia Argentina III de la misma casa de estudios. Es una activa integrante del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI). La obra aquí reseñada es producto de su tesis doctoral y forma parte de la colección del mencionado CEHTI “Archivos. Estudios de historia del movimiento obrero y la izquierda” editado por IMAGO MUNDI. Si bien la gran parte de sus volúmenes son investigaciones donde las y los trabajadores, el conflicto obrero y sus organizaciones ocupan un lugar central, la obra que aquí reseñamos se aleja un poco —aunque no tanto— de esos sujetos, para indagar en quienes vieron en ellos un peligro para el orden social, configurando un sistema de valores y representaciones específico, al mismo tiempo que flexible, sobre la identidad comunista como un enemigo interno del Estado. Por ello, uno de los aspectos a resaltar es que este libro constituye un aporte a los estudios sobre el fenómeno anticomunista y subsana una vacancia historiográfica presente en el campo de los estudios sobre las izquierdas, donde las investigaciones han abordado este problema de forma marginal. En ese sentido, *Entre la reacción y la contrarrevolución* pone en el centro de la escena a esos sujetos que vieron en las diversas expresiones del conflicto social-obrero de la época la evidencia concreta de la gestación del fenómeno comunista.

Se trata de una investigación que lo tiene todo. Desde policías haciendo de espías en los mítines políticos, obreros en huelga con la patronal y el Estado, hasta festivales artísticos de solidaridad con los pueblos agredidos por el nazismo en Europa. Conspiraciones, ansiedad y miedo son algunas de las posibles emociones y sensaciones que los grupos conservadores sintieron a partir de 1917 cuando estalló la revolución en la Rusia zarista. En los diferentes pasajes que componen la obra, la autora reconstruye cómo estos grupos conservadores, nacionalistas y católicos veían con cautela y temor los cuestionamientos al orden social establecido, especialmente a partir de las dinámicas que tomaba el conflicto obrero. Teniendo en cuenta la pertenencia institucional —y política— de la autora, es posible evidenciar que, si bien su foco de atención está puesto en los “anticomunistas”, el relato histórico presente en la obra no deja de lado a un actor que por momentos se vuelve central en su argumento: el movimiento obrero y sus transformaciones entre 1917 y 1943. En el análisis desarrollado por López Cantera, es el ritmo que toma la conflictividad social en todo el período lo que, en algún punto, exaspera las ansiedades de los sectores dominantes.

En ese mismo sentido, al recorrer las páginas de *Entre la reacción y la contrarrevolución...* nos sumergimos en un mundo de prácticas y edictos policiales que se cruzan con discursos provenientes de los círculos católicos y nacionalistas de derecha que son analizados con una valiosísima sensibilidad por una autora que no puede evitar expresar en los agradecimientos el aborrecimiento que sus exponentes le generan. En ese sentido, el centro de las preocupaciones del libro es desenmarañar el razonamiento que guió la conformación de ciertas identificaciones, homologaciones y asociaciones con el llamado peligro comunista en las primeras décadas del siglo XX.

Es destacable la mirada transnacional y conectada que la autora busca articular en los diferentes capítulos que componen la obra. Desde el estallido de la revolución en la Rusia de 1917, pasando por los avatares de la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, es evidente una aceleración y profundización de las denuncias y políticas represivas contra comunistas en el ámbito local. Sin embargo, López Cantera va un poco más allá al argumentar que el “anticomunismo debe entenderse como un fenómeno político y no como un mero conjunto de enunciaciones erráticas producto únicamente del miedo” (p. XXXI). Ello le permite sostener que el rechazo que las fuerzas policiales y los actores pertenecientes a la extrema derecha nacionalista y al mundo católico expresaron al comunismo, entendido como un problema revolucionario, les permitió desarrollar discursos en pos de invalidar los valores y las prácticas asociadas a ese enemigo y de las estrategias de disciplinamiento que constituyeron un precedente para las medidas represivas que el Estado argentino aplicó en la segunda mitad del siglo XX.

Sobre esas cuestiones, la autora despliega una argumentación construida a partir del análisis de una variedad de fuentes oficiales, policiales y periodísticas que no se restringen a los límites de la ciudad de Buenos Aires, sino que recuperan las discusiones y sentidos de este problema en diferentes regiones como Mendoza, Córdoba, Santa Fe y algunos otros territorios nacionales. Asimismo, estudia la prensa católica y nacionalista con particular atención.

El libro comienza con una introducción que expone los objetivos, las hipótesis y los diálogos historiográficos. Allí, la autora da cuenta de la complejidad del fenómeno, proponiéndonos introducirnos en un proceso transicional, como bien señala el propio título de la obra. La reacción y la contrarrevolución evidencian que las ideas anticomunistas no fueron uniformes ni se presentaron

en su formato final desde un principio, sino que se volvieron un programa político a partir de una lectura específicamente transnacional de los procesos de la época.

El primer capítulo analiza las repercusiones de la revolución bolchevique en Argentina. A partir de las lecturas que circularon sobre el conflicto social en 1917 y durante toda la década del veinte la autora identifica la conformación de un grupo de *guardianes del orden* integrado por el conservadurismo, los católicos y las expresiones autoritarias derivadas de esas identidades. Específicamente, el capítulo se detiene en los sentidos atribuidos a la huelga universitaria de 1918, la Semana Trágica de 1919 así como también la antesala al golpe de Estado de 1930. Se concentra especialmente en los análisis de la prensa católica y de derecha sobre los diferentes conflictos obreros del período y en la construcción de argumentos que consideraban a la revolución bolchevique como el factor externo que impulsaba la conflictividad de estudiantes y obreros. Asimismo, el yrigoyenismo era entendido como el motor local que profundizaba aún más el cuestionamiento a las jerarquías y el orden. Si bien allí identifica la configuración de los argumentos que criminalizaban las protestas y las prácticas, consideradas en la mayoría de los casos como ilegítimas, López Cantera señala que no hay evidencias aún para hablar de anticomunismo por lo que describe estas reacciones como expresión del *antimaximalismo* y rastrea algunas de las primeras acciones de estos grupos, como la constitución de una serie de organizaciones encargadas de ejercer una violencia legítima frente a los agitadores en tanto y en cuanto esta fuera utilizada para resguardar el orden social.

No obstante, la represión y vigilancia de estos sujetos también impulsó a las propias agencias estatales a profundizar sus estrategias represivas y de vigilancia. El segundo capítulo aborda los cambios que trajo aparejado el golpe de Estado de 1930 en materia represiva. La autora identifica, en este nuevo contexto, que las acciones comunistas representaron una problemática más delicada para las estrategias de control social desplegadas hasta ese momento por el Estado. Es por ello que pone el foco en reconstruir la labor de la Sección Especial de Represión contra el Comunismo (SERC) creada durante la presidencia de Agustín P. Justo. Con un análisis minucioso de los legajos conformados por la dependencia policial, López Cantera reconstruye la capacidad que la agencia policial tiene para producir información específica sobre la caracterización de los militantes comunistas y su accionar. Por ello argumenta que la creación de la SERC fue parte de un

proceso de perfeccionamiento de los mecanismos de disciplinamiento del Estado y expresaba la división del trabajo represivo entre las diferentes secciones de la policía. Asimismo, su creación coincidió con un ciclo de protestas producto de la reactivación de la vida política y sindical luego del levantamiento del Estado de Sitio impuesto por José F. Uriburu. La variada documentación analizada da cuenta de cómo la sección apuntó a demostrar el nivel de organización que el comunismo tenía en el país y configuró un entramado represivo a partir de ciertas prácticas punitivas. Finalmente, el capítulo cierra con el análisis del “Informe Melo” que el Ministro del Interior expuso en el Congreso Nacional, a partir del cual queda en evidencia la cantidad de información que el Estado había recabado sobre los militantes comunistas, su organización y accionar. Asimismo, la autora reconoce que es a partir de ese momento que el Estado asume la existencia de una *cuestión comunista* en Argentina y que representaba un peligro para el orden social.

El tercer capítulo analiza los sentidos y representaciones construidas por los grupos católicos y nacionalistas sobre el comunismo durante la primera mitad de la década del treinta. Ambos colectivos son abordados separadamente con la intención de identificar sus particularidades y discutir con las investigaciones que han homologado al nacionalismo contrarrevolucionario con el universo católico. Sobre la prensa nacionalista, se evidencia cómo muchos de sus artículos buscaban informar a la policía sobre sujetos y eventos sospechosos que eran denunciados con un alto grado de antisemitismo, volviéndose un tópico concreto de ese incipiente anticomunismo. Sobre la prensa católica, la autora identifica que el mayor problema residía en entender al comunismo como “una nueva fe que aspiraba a un proyecto político capaz de redefinir la esencia de la humanidad” (p. 133) por lo que estaban en contra de los elementos que se alejaban de la doctrina cristiana como la escuela laica, la idea de igualdad entre varones y mujeres, la violencia de los conflictos obreros, entre otros. Esos vectores eran compartidos también por los nacionalistas y ambos abonaban por la teoría de la infiltración para explicar la presencia de tales elementos en diversas esferas de la sociedad. Para la autora, fue ese denominador común el que unió a los conservadores en el gobierno con católicos y nacionalistas. Así, las posiciones anticomunistas se volvieron una base sobre la cual dichos grupos se brindaron apoyo conjunto en el desarrollo de políticas y discursos represivos.

El cuarto capítulo es un parteaguas en la obra. Allí, la autora señala que el año 1936 fue un “punto de inflexión” para la configuración del anticomunismo, debido a la confluencia de una serie de conflictos obreros y políticos. La huelga general de la FONC, el estallido de la Guerra Civil Española y el viraje del PC de la estrategia de *clase contra clase* a la de *frentes populares* fue interpretada por los grupos nacionalistas y católicos como el avance de la “maquinaria comunista, oculta detrás de la militancia antifascista” (p. 170). A partir de un análisis pormenorizado de los argumentos que estos grupos exponían sobre los sentidos de las huelgas obreras y estudiantiles del período, López Cantera da cuenta de la conformación de ciertas imágenes dicotómicas de las ideas anticomunistas que veían en el frente popular y el antifascismo un común denominador. Así, las disputas obreras y políticas que se producían en el país fueron, a partir de este momento, interpretadas como evidencias concretas de la extensión del peligro rojo en otras esferas de la sociedad argentina. Por último, la autora analiza la presentación de un proyecto de ley de represión del comunismo en el Congreso Nacional como el resultado de las preocupaciones compartidas por las autoridades estatales, los católicos y los nacionalistas que buscaban, en el fondo, controlar y criminalizar la protesta obrera.

El capítulo 5 ilustra cómo los posicionamientos de católicos y nacionalistas cambiaron a medida que lo hacían las alianzas europeas en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial y los fenómenos que se desarrollaban en el ámbito local también producto de estas. Por un lado, los nacionalistas asimilaban al capital extranjero y la infiltración comunista como expresiones internacionalistas y tenían la esperanza de que los obreros encontraran refugio en sus organizaciones laborales. Lo mismo sucedía con los grupos católicos que, enfocados en el análisis de la Juventud Obrera Católica, buscaban implementar proyectos obreristas alternativos basados en la conciliación de clase de estos actores.

Por otro lado, los fragmentos de la prensa nacionalista y católica sobre los conflictos obreros de la época evidencian para la autora la utilización amplia del concepto y la denuncia comunista, incluso frente a dirigentes gremiales que no eran parte del PC. Esa ampliación de la calificación de comunista y la flexibilidad con la que nacionalistas y católicos la usaban queda demostrada en los sentidos que la prensa les otorgó a los sucesos allí informados. En otras palabras, identifica cómo un conjunto variopinto de conflictos que involucraban a grupos y actores diferentes –sindicatos

y/o partidos políticos– eran denunciados por esconder el “disfraz” comunista detrás de sus reivindicaciones obreristas y antifascistas. La extensión y maleabilidad para ver al peligro rojo en cada conflicto, manifestación o mitin, dice López Cantera, evidencia que para estos actores el comunismo se había extendido capilarmente en la sociedad argentina.

Lo mismo sucedía con las autoridades estatales y por ello, en el sexto y último capítulo del libro, la autora se ocupa de desandar el proceso por el cual el comunismo se convirtió en un problema interno del estado. Para ello infiere que la Segunda Guerra Mundial introdujo algunas variables que reforzaron las estrategias de disciplinamiento existentes. A partir del análisis de las fuentes, evidencia cómo el cumplimiento de la neutralidad argentina frente al conflicto bélico les permitió a las autoridades estatales poner límites y cercenar prácticas políticas y hostigar ciudadanos inocentes.

El contexto de conflictividad inaugurado en 1936 impulsó la necesidad de hacer más específicas las disposiciones sobre las reuniones públicas. Así lo muestra el variopinto conjunto de fuentes que la autora analiza para dar cuenta de cómo la propia policía encontraba alarmante la celebración de eventos vinculados a la “solidaridad internacional” (p. 266). Sin embargo, es el abordaje del informe que el ministro del Interior Miguel Culaciati presenta en la Cámara de Diputados lo que evidencia, según López Cantera, el compendio de representaciones del comunismo y su conversión en un problema interno para el Estado.

El libro cierra con un potente epílogo, donde la autora propone incorporar este proceso en uno de más largo aliento vinculado a la construcción estatal de un enemigo interno. Las páginas que componen toda la obra muestran como las representaciones y sentidos construidos a partir de la prensa nacionalista y católica tuvieron su correlato en las esferas estatales. El resultado fue un retrato arquetípico de comunista construido desde la impugnación a prácticas y reivindicaciones puntuales. Ello constituyó las bases de las ideas anticomunistas y al mismo tiempo su maleabilidad hizo posible que esa clasificación fuera extensible a toda identidad que presentará al menos una de las condiciones asignadas a ese adversario.

En conclusión, *Entre la reacción y la contrarrevolución...* es un libro imprescindible tanto histórica como políticamente. Por un lado, es un aporte directo a la historiografía sobre el surgimiento

del anticomunismo y las derechas en la Argentina a partir del análisis de tres grandes actores: el catolicismo, el nacionalismo y el Estado. Por otro lado, contribuye a pensar la construcción de un enemigo interno por parte del Estado en una más larga duración, que precede la convulsionada década del setenta en Argentina.

No obstante, hay algo más, que está presente en toda la obra y, en algún punto, la trasciende. La flexibilidad con la que estos actores denunciaban de comunistas a sujetos con prácticas y experiencias políticas diversas —y en algunos casos hasta antagónicas al propio comunismo— tienen su caja de resonancia en la política argentina actual. Son evidencias concretas las denuncias del presidente, que tilda de zurdos y marxistas a cualquier sujeto o grupo que critica su plan económico —de ajuste y feroz achicamiento del Estado— y el accionar del Ministerio de Seguridad, que persigue a quienes lo hacen, configurando —como a comienzos del siglo XX— un enemigo interno con características muy maleables. En fin, las estrategias de las derechas, aunque con nuevas formas de acción como son las redes sociales, utilizan artilugios de descalificación y persecución que tienen una larga historia en la Argentina, y quedan al desnudo en esta obra de consulta obligatoria para entender ese pasado y también nuestro presente más próximo.